PARADIGMAS SOBRE LAS CRISIS ECONÓMICAS: LO POLÍTICO Y LA POLÍTICA

Bernat Riutort Serra
Universitat de les Illes Balears
bernatriutortserra@yahoo.es

Resumen

Sobre la base de la crítica a los límites de la teoría neoclásica del equilibrio general para explicar las crisis económicas del capitalismo y el papel que esta teoría atribuye en su gestión a lo político y a la política, se examinan las explicaciones que aportan las teorías de Keynes, Friedman y Marx desde un punto de vista comparado y crítico y se relacionan con el contexto económico y político del que surgen y con las políticas que promueven, así como la influencia en las sociedades capitalistas y la disputa teórica que proyectan.

Palabras claves: Mercados neoclásicos, crisis económicas, indeterminación de la teoría, medición del capital, Ley de Walras, demanda efectiva, animal spirits, desempleo involuntario, renta permanente, monetarismo, neoliberalismo, crisis inmanente, circuitos del capital.

Abstract

On the basis of criticism of the limits of neoclassical theory of general equilibrium in explaining the economic crises of capitalism and the role it attributes through its management to the political and to policy, the explanations which are provided by the theories of Keynes, Friedman and Marx are examined from a comparative and critical perspective and are related to the economic and political context from which they arise and the policies they promote, as well as the influence within capitalist societies and the theoretical dispute which they project.

Key words: Neoclassical markets, economic crisis, indeterminacy of the theory, capital measurement, Walras Law, effective demand, animal spirits, involuntary unemployement, permanent income, monetarism, neoliberalism, inmanent crisis, circuits of capital

I

El arte liberal de las separaciones

En el curso de las pasadas tres décadas, buena parte del *mainstream* académico de las ciencias sociales y la filosofía moral y política ha naturalizado en la práctica el dispositivo intelectual liberal conocido como «el arte de las separaciones» hasta convertirlo en condición del ejercicio canónico, política y moralmente «correcto»

de la propia disciplina, de tal manera que, de lo contrario, se incurre en un «pecado epistemológico-moral» de totalitarismo y dogmatismo. Las dificultades insuperables del positivismo y del neopositivismo del pasado para acotar ámbitos ontológicos y epistemológicos separados, neutrales y contrastables para las disciplinas sociales y para los discursos filosóficos se habrían superado con este predado, liviano y supuestamente aséptico dispositivo que prescribe la norma cognoscitiva de compartimentar de manera contrafáctica dichos ámbitos para determinados tipos de agentes, instituciones, deseos y valores y atribuirles una característica y una racionalidad determinada y discreta, establecer en base a ella el espacio de sus conexiones conceptuales y construir teorías que, presentadas en un lenguaje formal, ya sea por medio de algoritmos matemáticos, de modelos de la teoría de juegos, o de análisis lingüístico-conceptuales, adquieren «valor científico» o, en su caso, «filosófico», tanto mejor cuanto más «asépticos», ajenos y alejados se hallen de la complejidad de las interacciones reales.

No existe una teoría neoclásica de las crisis, por tanto, no existen crisis

La teoría económica *neoclásica* actualmente hegemónica construye sus conceptos y las relaciones entre ellos sobre la base de individuos que buscan *optimizar* sus transacciones y sus rentas en los mercados en los que rigen los derechos de propiedad privada, contratos completos, libertad de elección de compradores y de vendedores, transparencia de la información y distribución perfecta de la misma, además de ausencia total de constricciones. «Supuestamente», en tal construcción contrafáctica de las interacciones en los mercados, se genera un *equilibrio* con *asignación óptima* de los factores[1]. Esta teoría está *diseñada* para establecer las condiciones en las que el resultado *no intencional* de las múltiples interacciones en y entre dichos mercados interrelacionados produzca la consecuencia del *equilibrio general óptimo*; un desempeño económico en el que *no* existen crisis económicas y que, en el caso de existir, son la consecuencia del *no* cumplimiento de las condiciones *prescritas*, es decir, son provocadas por *causas externas*.

Las «armonías» presupuestas

La teoría económica *neoclásica*, *hegemónica* en la actualidad, es el *paradigma* por excelencia de tal proceder, complementada desde el exterior de su campo por la teoría política liberal y por la filosofía moral liberal:

La *teoría política liberal* prescribe un *diseño político institucional* que *concuerda* con el desempeño óptimo de los «mercados libres». En el terreno económico, las

[1] Koopmans TJ C. (1980). *Tres ensayos sobre el estado de la ciencia económica y la conferencia del Nobel.* Antoni Bosch. Barcelona. Este texto puede resultar un ejemplar de este tipo de construcción teórica.

instituciones políticas liberales tienen por objeto adecuar las leyes y la intervención pública a las exigencias de tales mercados libres. Para lo cual, la teoría *separa* la sociedad de la propiedad privada y el libre contrato de compradores y vendedores, la sociedad civil de los clásicos, de las instituciones políticas de *representación* que *seleccionan las elites* que elaboran las leyes y gestionan las administraciones públicas[2]. Bajo estas premisas, para la teoría política liberal, no existen las crisis económicas inmanentes, por lo que la política de la administración pública *no* ha de intervenir en los mercados para evitarlas. Sólo existen las crisis económicas provocadas por causas externas y la misión de las instituciones públicas es *restablecer* el funcionamiento normal de los mercados frente a las incidencias críticas externas. En particular, una causa de la crisis es la intervención del Estado *contra* el normal funcionamiento de los mercados, de manera que este tipo de intervención está *proscrito* por la teoría.

Por otra parte, los *agentes libres* de esta sociedad de mercado con instituciones políticas liberales pueden orientar su *acción individual* por normas morales de utilidad, por principios morales, o por valores religiosos o profanos, puesto que estas sociedades son *pluralistas*, a condición de que las acciones de sus agentes sean *congruentes* con el orden económico y político liberal, *presupuesto* necesario de la «libertad de elección» y base del «consenso solapado» de la cultura liberal.

Para tal arte liberal de las separaciones de los ámbitos de las relaciones sociales, cada ámbito, con sus agentes desempeñando su papel siguiendo su racionalidad específica, se *complementa* con los otros ámbitos. Las interacciones según las prescripciones establecidas en cada ámbito, como un *efecto colateral* del conjunto, en virtud de la *presupuesta* complementariedad *ex ante*, prefigura una *armonía preestablecida que* da forma a un *telos inintencional* que conduce «al mejor de los mundos posibles».

No obstante, esta armonía entre los ámbitos de la interacción liberal deviene un espejismo si la teoría neoclásica *no* es capaz de sostener *con buenas razones* el equilibrio general eficiente de los mercados y, de ser este el caso, entonces, está en cuestión el marco de la armonía *pre*-establecido con la filosofía política liberal y con la filosofía moral liberal, quedando, ambas, a la vez cuestionadas.

II

Problemas básicos de la teoría neoclásica

Las supuestas *armonías contrafácticas* de los mercados *neoclásicos* enfrentan la prueba de la realidad mediante un *dispositivo* intelectual que *anula* el devastador *efecto* que las crisis económicas inmanentes tendrían para la *validez* de la teoría; se trata

[2] Quesada Castro, F. (2008). *Sendas de la democracia. Entre la violencia y la globalización*. Trotta. Madrid. Este texto ofrece un amplio examen crítico de las diversas versiones de la teoría política liberal. Lindblom, Ch. E. (2002). *El sistema de mercado*. Alianza Madrid, constituye un ejemplar típico del actual fundamentalismo simplista en la teoría política liberal.

de una *proto*-hipótesis *ad hoc* destinada a blindar la teoría respecto a los desórdenes críticos de la realidad económica al atribuirlos a *causas externas* a los mercados libres.

Sin embargo, dicha estrategia epistemológica de defensa de la teoría neoclásica *no es suficiente* para sostenerla argumentalmente. Un *análisis crítico* de la teoría del equilibrio general eficiente desvela *problemas insolubles*: i) De *consistencia* interna de la teoría. En ésta no se puede *determinar* el equilibrio general eficiente de manera *consistente*, así, la posibilidad de las crisis económicas internas está *indeterminada* en la teoría. Por lo tanto, no ofrece garantías de que no irrumpa la crisis donde y cuando sea y se desmorone el castillo de naipes de las armonías pre-establecidas. ii) La *crítica* respecto de alguna de las *afirmaciones básicas* de la teoría neoclásica sobre la circulación de mercancías muestra, además, no sólo la *indeterminación* de las crisis económicas internas, sino que al adecuar la teoría para su aplicación a la realidad no se puede obviar la tendencia a generarlas. De ser ciertas estas dos consideraciones críticas, entonces; iii) la proto-hipótesis defensiva *ad hoc* que protege la teoría neoclásica de las crisis económicas no salva su *naufragio teórico*, dada la incapacidad de la teoría neoclásica de ofrecer razones de peso suficientes para neutralizar ambas consideraciones críticas, inhabilita el inaceptable escudo epistemológico protector *ad hoc* frente a los apabullantes datos en contra de la realidad empírica de las crisis económicas.

La «armonía» de los mercados en equilibrio eficiente y su indeterminación teórica

Desde el estricto punto de vista *formal* —como demostró la Escuela de Cambridge—, la teoría neoclásica del equilibrio general incurre en un *razonamiento circular*, *ergo*, la teoría es *indeterminada*[3]; por lo que, la teoría, *no* ofrece razones de peso *suficientes* que demuestren que la dinámica inmanente de los mercados libres no acaba produciendo crisis, contra el *dogma* del equilibrio eficiente.

Veamos; los mercados están en equilibrio cuando se puede determinar la cantidad de bienes y servicios cambiados y los precios de equilibrio para sus mercancías y, simultáneamente, se vacían todos los mercados, de tal manera que no se puede mejorar el bienestar de un agente (económico) sin empeorar el de otro y, a la vez, la economía cumple su potencial productivo. Por otra parte, la teoría ha de explicar la *remuneración* del propietario de cada *factor de producción* en los mercados en equilibrio con *precios relativos*. Para la teoría neoclásica, la remuneración de los factores de producción, capital y trabajo, ha de ser *proporcional y simultánea* a la cantidad aportada por cada uno.

[3] Garegnani, P. (1982). *El capital en la teoría de la distribución*. Oikos-Tau. Barcelona. Robinson, J. (1953). «La función de producción y la teoría del capital», recopilado en *Ensayos críticos* (1984). Orbis Barcelona.

Para lograr este equilibrio eficiente, la teoría parte de tres *supuestos necesarios*; i) la *tecnología* es un dato exterior a los mercados, está dada, y se representa por *funciones de producción* respecto del capital y el trabajo; ii) las *preferencias* de los agentes en los mercados vienen dadas por los deseos psicológicos, son externas; iii) los dos *factores de producción,* trabajo y capital, a disposición de los agentes en los mercados se toman como dados. Así, tenemos: las cantidades de factores de producción *dadas*, son datos en el supuesto iii); estas cantidades son *variables* en las *funciones de producción* y han de medirse sin conocer los precios relativos de los factores, de manera independiente de las variaciones en *la distribución* del producto social. El problema insoluble reside en la *medición del capital* en las funciones de producción, ya que está compuesto de elementos heterogéneos que no pueden agregarse *ex ante* de la determinación de los precios relativos y la tasa de interés (o la tasa de ganancia), y no son independientes de los cambios en la distribución del producto social, contra lo que postulan los supuestos i) y iii) de las funciones de producción agregadas de la teoría del equilibrio general.

La teoría neoclásica no puede solventar dicha lógica circular, razón por la que la estrategia de sus defensores consiste en ignorarla, o esconderla, por más que con ello no obvian su paralogismo y la indeterminación resultante.

Un problema epistemológico con la circulación

Con el objetivo de estudiar críticamente la segunda consideración ponemos entre paréntesis la crítica a la circularidad de la teoría destacada en el apartado anterior *como si* no se hubiese formulado y proseguimos el análisis crítico, no obstante, previamente, hacemos un breve excurso epistemológico.

En la teoría del equilibrio general eficiente, para afirmar la imposibilidad teórica de crisis económicas internas en los mercados libres, es *condición necesaria*, aunque *no suficiente*, aceptar la llamada Ley de Walras.

Este *postulado* de la circulación dice que el valor de la oferta agregada *iguala* a la demanda agregada, es decir, cualquier agente comprador ha sido vendedor, de manera que el valor neto de los intercambios del agente es cero, o sea, todos los agentes venden para comprar.

La «Ley de Walras» en la teoría neoclásica del equilibrio general eficiente, más depurada formalmente, viene a desempeñar el equivalente funcional de la clásica «Ley de Say» de los mercados libres ideales que postula que en estos mercados la oferta *crea* su demanda, «ley» presupuesta, por otra parte, en la versión inglesa de la teoría neoclásica del *equilibrio parcial* de Marshall y Pigou[4].

Sin embargo, en sentido estricto, estas «leyes» *no* lo son de *mercados reales*, a pesar de que el término «ley» parece referirse a estos, sino que son *postulados*

[4] Napoleoni, Cl. (1968). *El pensamiento económico en el siglo xx*. Oikos-Tau. Barcelona. Presenta una síntesis breve pero precisa de la formación de las ideas básicas de la teoría neoclásica.

formales que garantizan la *circulación* de mercancías en los mercados competitivos *ideales*, respectivamente, en equilibrio general o en equilibrio parcial. En tanto que postulados formales dicha postulación es lícita. El problema epistemológico de tal proceder reside en que la teoría económica con pretensión empírica, basada en el equilibrio general eficiente, o en el equilibrio parcial, como es el caso cuando se la considera «economía positiva», quiere explicar causalmente un ámbito de la realidad económica y, semánticamente, un hecho que pertenece a su ámbito de aplicación, *se incluye*, o *no se incluye*, en el campo *extensional* de la ley que lo pretende explicar; si, al aplicar un hecho al campo extensional de la ley de la teoría detectamos incongruencias entre ambos, debemos cuestionar la ley, puesto que el hecho contradice lo que la ley incluye bajo su campo. Es decir, *no explica* causalmente, como es el caso de la supuesta «Ley de Walras», o de la supuesta «Ley de Say», respecto a las crisis internas de circulación de mercancías.

Si no se aplica la contrastación retroactiva de congruencia, o de incongruencia, mencionada es porque *no* se la trata como «ley natural», sino como un *postulado* de la teoría que pertenece al campo formal de la misma y no cabe aplicarle prueba de realidad alguna. La estrategia neoclásica consiste en pasar por alto que la realidad no se adapta al postulado formal de la teoría; tanto peor para la realidad. Así, los incumplimientos de la «ley», haciendo uso del citado dispositivo *ad hoc*, se atribuyen a causas externas y no afectan a la teoría del equilibrio general.

El coste de la maniobra es que dicha teoría no explica la realidad; salvan la teoría excluyendo la realidad. La confusión se genera al usar la palabra «ley» que tiene una connotación clara de representación de una clase de relaciones de *causalidad eficiente* —como las leyes de la física clásica—, *naturalizando* la economía positiva; una «regularidad necesaria», como si confiriese a la teoría económica neoclásica autoridad sobre los hechos económicos, como ocurre en las «ciencias duras». Por otra parte, la acción humana en general y, por tanto, las interacciones humanas económicas se *orientar* por *el sentido*, asociado con emociones, deseos, valores, objetivos e intereses y depende de la representación e intensidad de los mismos en la mente; no se incluyen bajo el paraguas de una ley general que presupone causalidad eficiente. La economía es una ciencia social y su parentesco y su afinidad hay que buscarlos en el campo de las disciplinas sociales y no en el de las ciencias físico-naturales.

Crisis económicas e incongruencias de la teoría

Precisando más lo dicho con anterioridad, el postulado teórico al que llaman la Ley de Walras o, en su caso, Ley de Say, respectivamente, funciona en una economía *mercantil simple* ideal en el que el dinero es *sólo* un medio de intercambio, lo cual supone una teoría del dinero muy restrictiva —haciendo abstracción de la complejidad del interludio temporal que separa los momentos de la compra y de la venta, hiato que posibilita eventos generadores de crisis. Por otra parte, *no* se puede pasar de una economía mercantil simple cuyos agentes individuales en el mercado tienen como *fin* vender para comprar, a una economía *capitalista*, pues, con este paso se ha *separado* la propiedad de los medios de producción del productor directo, y

la *fuerza de trabajo* desposeída se ha transformado en una *mercancía*, en virtud de lo cual, el poseedor de los medios de producción, el *capitalista*, pone en marcha el proceso de *inversión productivo* asociando ambos en el proceso de trabajo *con el fin* de obtener un *beneficio* de la venta de los bienes y servicios producidos; su fin *no* es el de comprar mercancías, la función de estas es la de ser *medios* para el fin de obtener beneficios. Mientras, por otra parte, con el desarrollo capitalista se expande la *cantidad* y se complica la *función* del dinero en el proceso de producción, modificando la relación del capital-dinero con el tiempo; con el *crédito* desarrolla el dinero como compromiso futuro de pagos, a la vez que torna compleja la relación entre el dinero real y el dinero monetario.

Un conjunto de aportaciones clave del pensamiento económico ha desarrollado y discutido estas dimensiones del análisis económico, incluyendo, o rechazando, las crisis internas en la configuración de la teoría y en su relación con la realidad. La disyuntiva es: o se desmonta críticamente cualquier concesión a la concepción dogmática de la financiación, producción y circulación de mercancías supuesta en la teoría clásica y en la neoclásica, o por el contrario, se excluyen las crisis de la configuración inmanente de la teoría y se atribuyen a causas externas. En lo que sigue, presentamos tal discusión paradigmática en torno a las tres aportaciones centrales citadas, de las que construimos tipos ideales, con evidentes derivaciones de suma importancia para la economía política y la filosofía política en una era de crisis del capitalismo global neoliberal financiarizado.

III

Crisis y demanda solvente

Cuanto más atento se mostraba Keynes respecto al acontecer concreto de la crisis del capitalismo de la década de los treinta, más constataba la *incapacidad* de la teoría económica neoclásica de explicarla, en particular, de explicar la *magnitud* y la *persistencia* del *desempleo*. Lo que le llevó a replantear la perspectiva de análisis de la teoría neoclásica *hegemónica*; en lugar de partir de la *oferta* para dar cuenta de la variación del producto total y la ocupación puso el acento en el papel que desempeña la *demanda efectiva*[5].

Para Keynes, la tradición economía británica objeto de su reflexión abarca desde Smith, Ricardo y los Mill, hasta sus maestros, Marshall y Pigou. Estos dos últimos, formularon la teoría *marginalista* del *equilibrio parcial* de los mercados sobre la base del *equilibrio* competitivo entre la oferta y la demanda de bienes y servicios.

[5] Keynes, J.M. (1987). *La teoria general de l'ocupació, l'interès i el diner*. Edicions 62 Barcelona. Keynes, J.M. (1988). *Ensayos sobre persuasión*. Crítica. Barcelona. Keynes (1985) *Ensayos sobre intervención y liberalismo*. Orbis. Barcelona. Keynes y otros (1983) *Crítica de la economía clásica*. Sarpe. Madrid. Skidelsky, R. (1982). *El fin de la era keynesiana*. Laia Barcelona.

En dicha teoría el *dinero* es «neutral»; la cantidad de dinero ofertada se considera *constante*, la fijan las autoridades monetarias; y la cantidad demandada depende del *valor real* que se espera de esta cantidad de dinero, o sea, del *poder adquisitivo relativo* en términos de *otros* productos. En equilibrio, un cambio en la cantidad de dinero ofrecida no tiene ningún efecto en el *volumen* de los bienes producidos, el *número* de los trabajadores empleados y los *precios relativos* de los bienes y los servicios intercambiados. El poder adquisitivo que el conjunto de los agentes desea tener en *forma* de dinero es *proporcional* a la renta real agregada de la economía. Estos autores llaman *K* a esta constante de proporcionalidad, expresada como *fracción* de la renta, que cambia al cambiar el equilibrio. La teoría es una teoría de la *oferta* de bienes y servicios producidos. La renta se gasta en el *consumo* y se retiene en el *ahorro*. Este último se *invierte* en mercados de dinero y capitales, fondos para empresas que se invierten en *capital real* nuevo dedicado a la producción, de la que, una vez vendida, resulta más *renta*. Si al final se obtiene más ahorro, aumenta la inversión; lo que se produce se consume y lo que se ahorra se invierte. El ahorro es el *motor* del proceso. No existe problema de demanda, la oferta genera su propia demanda —Ley de Say—. Los mercados de competencia perfecta asignan sus factores de manera completa y vacían su oferta de mercancías. En el mercado de trabajo no existe paro *involuntario*; el desempleo es *friccional* o *voluntario*.

Keynes cuestionó de manera *convincente* tanto la teoría del dinero «neutral» como la perpetuación de esta secuencia de la oferta, afirmando:

1) En los mercados capitalistas al *aumento* del ingreso sigue una tendencia *no* proporcional al aumento del consumo. Existe una tendencia a *disociar* el aumento de la renta respecto del incremento del consumo, de manera que, con el aumento de la renta, crece la *diferencia* entre renta y consumo. Así, existe una tendencia *a la baja* en la *propensión al consumo* respecto de la renta generada que se traduce en *insuficiencia* de la *demanda efectiva* que, a lo largo del tiempo, deviene en tendencia al *estancamiento.* La supuesta «Ley de Say» se diluye.
2) *No* todo el ahorro se transforma en *inversión.* La cantidad de ahorro es una función de la renta y del tipo de interés. Al cambiar el tipo de interés, cambia la *cantidad* de dinero líquido que lo agentes desean mantener. El tipo de interés refleja la *preferencia psicológica por la liquidez* que en cada elección inversora provoca la *incertidumbre* sobre las condiciones de rentabilidad futura. El deseo de dinero líquido tiende a ser mayor cuanto más bajo es el tipo de interés. No existe la fracción constante de dinero *K* relativa a la renta que postularon sus maestros de Cambridge. La determinación del tipo de interés está en función, por una parte, de la dimensión *real* de la oferta y la demanda de ahorro y, por la otra, de la dimensión *monetaria* de la oferta y demanda de dinero; el dinero no es «neutral».

Los mercados capitalistas generan *equilibrios diversos* con *infrautilización* de la capacidad productiva y *desempleo*; el ajuste con *pleno empleo* de los factores es la excepción. Un mercado de trabajo dejado a su dinámica competitiva tiende a generar *equilibrio con desempleo*. Los salarios y el empleo *no* se ajustan a las curvas de la oferta y la demanda que en equilibrio *vacían* el mercado; los salarios tienen fuertes *rigideces*

y su tendencia a la baja es *lenta* y *compleja.* Los ajustes en el mercado de trabajo, más que en la *elasticidad* de los salarios *nominales*, se logran por el efecto de la *inflación* sobre los salarios *reales*. El *nivel de empleo no* se establece por el ajuste salarial, sino en base a la *demanda efectiva*.

Una política de ajustar los salarios a la baja para eliminar el desempleo funciona en contadas ocasiones, comúnmente tiende a aumentarlo y cronificarlo, tanto más en un contexto de *crisis económica* en el cual los problemas de carencia de demanda efectiva y de falta de expectativas de inversión son decisivos. En situación de crisis prolongada, la caída de la producción y del empleo tiene unos efectos acumulativos; se ajusta el exceso de producción, u oferta, en base a la menor demanda efectiva y, colateralmente, genera paro forzoso que, a su vez, puede reducir más la demanda y generar otro ajuste en la producción excedente y, colateralmente, más paro forzoso.

El dinero *no* es un simple medio para facilitar las transacciones, las variaciones en su cantidad inciden directamente en la *economía real*. Al contrario que en la teoría clásica, el tipo de interés conecta la economía real (ahorro e inversión) con la economía monetaria (oferta y demanda de dinero). La *expectativa* de que la *eficiencia marginal del capital* iguale, o supere, la *tasa de interés* que activa la inversión se conoce *ex post* y depende de diversos elementos, entre otros, los *monetarios*. Los cambios en las estimaciones de los empresarios de la eficacia marginal de las inversiones son frecuentes y las variaciones en los tipos de interés tienen un efecto limitado sobre su dinámica.

En un *contexto de crisis* económica la política monetaria tendente a influir sobre los tipos de interés tiene una capacidad *limitada* de estimular la inversión ya que la *caída* de las *expectativas* de beneficios empresariales puede ser tal que no sea suficiente con abaratar el precio del dinero para estimular la inversión. En esta circunstancia, es preciso que la política fiscal del Estado actué sobre dos pilares, estimule y oriente la inversión y propicie la demanda agregada, lo que genera un efecto económico de *multiplicador* de la actividad económica. Así, la política fiscal es imprescindible como respuesta para contrarrestar las depresiones duraderas. Para cambiar en positivo el sentido de la depresión es preciso que la inversión pública favorezca la producción y el empleo de manera sostenida generando una mayor demanda efectiva, activando el *multiplicador* de actividad económica, hasta que las expectativas de rentabilidad de las inversiones privadas se recuperen.

En Keynes la demanda efectiva se relaciona con la toma de decisiones respecto del futuro *cambiante* e *incierto*. Las *expectativas* sobre el futuro son básicas en la racionalidad de la elección y no se forman según prescribe el *dictum* neoclásico en un contexto de transacciones mercantiles que distribuyen recursos escasos entre medios alternativos, la preferencia psicológica por la liquidez y los problemas de autorregulación de los mercados en un horizonte incierto confieren a la inversión el papel de generar los cambios que *adapten* los recursos disponibles a la demanda efectiva, desde tal punto de vista, destaca el Estado como regulador para evitar fallos de los mercados y activar la inversión generadora de demanda efectiva.

Keynes, contra el supuesto neoclásico de la *acción racional* de los inversores en los mercados que persiguen intereses particulares —el *homo economicus*—, sugiere que tales agentes, además del cálculo racional egoísta, son afectados por *animal spirits*, disposiciones intuitivas y cambiantes de la *psicología* humana que generan

confianza, o *desconfianza*, en las decisiones presentes cuyo resultado depende de *eventos* futuros, en este caso, la inversión *presente* respecto de la rentabilidad *futura*. Tales disposiciones humanas son tan esenciales como la razón calculística, pues los seres humanos se han desarrollado en un mundo de *incerteza* respeto al *futuro*. Por ello es razonable que en los mercados la in*certidumbre* sobre el futuro *tienda* a aumentar la *preferencia por la liquidez*. Por otra parte, esta disposición induce al inversor a formar opiniones no sólo basadas en el estricto conocimiento científico, ya que el futuro es hasta cierto punto indeterminado y los cálculos de probabilidad no eliminan la incertidumbre. Así, en el mundo de las finanzas, entre los gestores de inversión, tanto como complicados cálculos sobre rendimientos futuros, preocupa el cambio en «el sentimiento» de los otros inversores sobre la rentabilidad financiera futura; de hecho, se forma una tendencia gregaria en su conducta inversora. Tal conducta puede ser útil al gestor individual; si se equivoca junto con otros apenas afecta a su prestigio, pero si se equivoca en solitario, sobresale de inmediato y cuestiona su competencia.

Keynes pensó su *función de demanda agregada* en una era de *gran incertidumbre* para la economía británica, foco principal de su preocupación durante la Gran Crisis, que hizo extensible a las economías europeas y de Estados Unidos. La estabilidad en el largo plazo y el equilibrio con pleno empleo clásicos *no* eran un buen punto de partida para la teoría; «en el largo plazo todos muertos», expresó de manera contundente. Los consumidores que tenía en mente no estaban en la disposición adecuada para calcular racionalmente con certeza sus decisiones de consumo presente en vistas a sus previsiones futuras. En este período crítico, los cálculos sobre conjeturas de la demanda efectiva eran inciertas para cualquier observador atento e informado —excepto para algunos teóricos neoclásicos de la economía—. Por el contrario, la laxitud psicológica keynesiana de la función de demanda agregada incorporaba la incertidumbre real en la explicación teórica. Por otra parte, era crucial explicar el problema de la existencia del elevado *desempleo involuntario*, a pesar de que, para la teoría neoclásica, no cabía un tal concepto. Además, la inversión ejercía el papel de principal motor de la economía y contribuía a configurar la demanda efectiva, confiriendo al Estado una función activa en la economía real y en la monetaria, en contra de los supuestos liberales neoclásicos.

En política, Keynes se consideraba liberal y defendía el capitalismo por afinidad de clase frente al socialismo obrerista. En el marco de la democracia representativa, apostaba por un gobierno de elites con alta formación académica; atribuía un papel clave a la regulación estatal de los mercados y a las políticas monetarias y fiscales; propugnaba políticas de pleno empleo; era partidario de la libertad de comercio internacional, aunque, dependiendo del momento económico de Gran Bretaña, defendía el proteccionismo comercial; después de la segunda Guerra Mundial propuso el control de capitales por los estados para que pudiesen implementar políticas inversoras cuyo objetivo fuese estimular el crecimiento. No obstante, su liberalismo no se basaba en los *dogmas* liberales de la neutralidad política de la economía, el homo *economicus* y la razón calculística, el equilibrio no intencional del *laissez-faire*, la estricta delimitación de sociedad civil y Estado y las armonías preestablecidas entre los ámbitos de la interacción. Su liberalismo era social, ponía el acento en las políticas activas de estímulo económico y de pleno empleo y confería un lugar a la negociación salarial de los trabajadores con los empresarios en la gestión de las políticas salariales y el empleo. Era

partidario de un individualismo en el que el egoísmo sólo era una dimensión junto a otras, como el sentido de la justicia, y reconocía el *hecho* de las clases económicas y su acción colectiva organizada en coaliciones empresariales y sindicales.

Acotación I: Al acabar la segunda Guerra Mundial, el peso moral de los trágicos acontecimientos históricos vividos, la correlación de fuerzas establecida entre el capital y el trabajo y entre la derecha y la izquierda, la viva memoria histórica de la Gran Depresión, la pertinencia de la teoría keynesiana para explicar elementos clave de lo acontecido, así como la urgencia por aplicar fuertes estímulos que impulsasen el crecimiento económico, propiciaron su conversión de la teoría keynesiana en la *alternativa paradigmática* y *política*, relegando a un segundo lugar a la teoría neoclásica y a las políticas económicas liberales.

Durante las dos décadas y media que siguieron en los centros del capitalismo, la teoría hegemónica en la academia, los grandes medios y las administraciones, se inspiró en Keynes. Muy pronto, Hicks, Samuelson y otros economistas elaboraron una *síntesis* de la microeconomía neoclásica y de la macroeconomía keynesiana que rebajaba las aristas keynesianas para amoldarlas a la primera. Por doquier se aplicaron políticas económicas basadas en esta *síntesis canónica*. Fue una era de desarrollo y estabilidad, la *golden age*. Las administraciones y las agencias reguladoras gestionaban el crecimiento de la renta con pleno empleo y con una cierta inflación. Phillips, estudiando series de cien años de tales variables en Gran Bretaña, estableció la curva de la relación *inversa* entre inflación y desempleo, que la academia y las administraciones aceptaron como referencia para arbitrar la política económica. La síntesis *neo-keynesiana* parecía conciliada con la realidad.

Cuando comenzó la crisis del capitalismo en Estados Unidos a finales de los años sesenta y se extendió en los setenta a Europa y Latinoamérica, un fenómeno imprevisto desmentía la «evidencia» aceptada sobre la relación entre desempleo e inflación, el estancamiento con inflación, cuestionando la síntesis neo-keynesiana *estándar*. Por razones diversas se entró en una espiral inflacionista mientras la economía apenas crecía, o se estancaba, lo que desmentía la curva de Phillips y parecía dar la razón a sus críticos, algunos de los cuales, a través de esta crítica a dicha curva, apuntaban contra una pieza más apreciada, la teoría de Keynes. Entre las críticas que más audiencia lograron destaca la de Friedman. Estas críticas despejaron algunos de los obstáculos claves para la ofensiva de los economistas amantes del *laissez-faire*, el *homo economicus*, la razón calculística y el equilibrio eficiente, además de retornar al antídoto teórico que la blinda frente a la crisis, la estrategia defensiva de la causa externa; el origen de las crisis es la *interferencia* en el «orden natural» de las fuerzas de la oferta y la demanda. La aparente neutralidad y cientificidad de tal reacción facilitaba al gran capital la ofensiva contra las posiciones salariales e institucionales de los trabajadores y la justificación de las políticas de liberalización, desregulación, privatización y reducción impositiva al capital. Dicha concepción *neoliberal* adquirió carta de naturaleza como la filosofía política y económica propiciada por el gran capital, los grandes medios y el nuevo *establishment* académico, desplazando a la síntesis neo-keynesiana bajo la acusación de ser culpable de violar las «leyes naturales» de los mercados y de provocar la crisis de la década de los setenta y los ochenta.

Acotación II: La concepción de Keynes, sin confundir el ámbito económico con el social y con el político, insertaba en el seno del ámbito económico *lo* político y *lo* so-

cial, a la vez que insertaba *lo* económico y *lo* social en el ámbito de *lo* político estatal. No obstante, el Estado aparecía en el centro de la regulación económica y social con un cariz racionalizador político-gestor del conjunto. La amplitud y la flexibilidad de tal concepción cincelada en el esfuerzo de su pensamiento por interpretar la economía en una era de grave crisis económica social y política facilitó que un amplio espectro de posiciones económicas, tanto en la teoría como la política, se reclamasen neokeynesianas. Durante la *golden age* la concepción devino hegemónica en diversas versiones, tecnocráticas y populistas, de derecha y de izquierda, inspirando a académicos e intelectuales, a empresarios, sindicatos y partidos —democristianos, conservadores, liberales, republicanos, demócratas, socialdemócratas, socialistas y, hasta cierto punto, comunistas—. El pacto social entre capital y trabajo, fruto de la relación de fuerzas progresista de posguerra, fue la base social y política de la construcción del *Estado capitalista del bienestar* posterior a la segunda Guerra Mundial en el marco del cual se desarrollan los derechos sociales y las políticas keynesianas económicas que están en la base de los distintos *regímenes del bienestar* de la época.

La crisis económica de las décadas de los setenta y los ochenta lo es de este tipo de capitalismo. El capital, en esta encrucijada, en lugar de renegociar una gestión neo-corporativa de la misma con el trabajo y la mayoría de la ciudadanía, asume el discurso *neoliberal* y articula un nuevo bloque social y político trasformador del capitalismo regulado que impulsa con fuerza dicho proyecto histórico neoliberal en la perspectiva de la globalización, dinamita los pactos sociales y busca reforzar el dominio del gran capital, cambiar las instituciones sociales y neoliberalizar los estados. La victoria de tal estrategia desde la mitad de la década de los ochenta en el mundo anglosajón se extiende por Latinoamérica en los ochenta y noventa y a los estados de la Unión Europea y de la ex Unión Soviética en los noventa, propiciando un período de expansión del nuevo capitalismo global neoliberal y financiarizado, al que se incorporan las grandes áreas económicas de reciente industrialización capitalista del Sudeste asiático, China, Brasil, India, Sudáfrica y Rusia, con una peculiar conjunción de desarrollismo estatal y neo-liberalismo social y comercial. En el año 2007 aparecen los primeros síntomas de que este tipo de capitalismo global está en crisis. En septiembre del 2008 se desencadena la actual supercrisis financiera que se torna en crisis de la economía real.

IV

Una teoría de las crisis externas

Friedman, durante el período de hegemonía neokeynesiana, se propuso recuperar la teoría liberal del *laissez faire*, «la mano invisible» y el *homo economicus* racional, el librecambio y el Estado mínimo. El mundo de las armonías preestablecidas de los ámbitos de la interacción regido, en último término, por la «metáfora reina» de la razón calculística de los agentes en los mercados libres en equilibrio[6]. Siempre

[6] Friedman, M. (1976). *Teoría de los precios*. Alianza Universidad. Madrid. Friedman, M. (2008). *La economía monetarista*. Gedisa. Barcelona.

fue *presupuesto* de sus escritos, pero no le dio forma científica; no discutió la teoría del equilibrio general de los mercados eficientes y no respondió a las objeciones sobre la indeterminación del capital en dicha teoría, o a las críticas a las «leyes» de la circulación, etc., y usó una idea simplista e ideológica de Estado. No obstante, dada la *centralidad probatoria* que la metáfora reina y el papel del Estado tienen en toda su teoría y en sus propuestas políticas, tal discusión resulta *imprescindible*[7]. Por otra parte, dedicó libros, textos, conferencias, entrevistas, intervenciones, etc., a difundir la *ideología* económica y política *neoliberal* de manera dogmática y propagandista colaborando, conscientemente, con las dictaduras latinoamericanas para promover su «buena nueva»: «el fin justifica los medios».

No obstante, dada la crisis en la que había entrado el crecimiento «neokeynesiano» en los centros occidentales del capitalismo en los años setenta, su crítica tuvo un éxito asombroso en el nuevo *establishment* académico y entre las fracciones de poder económico y político. En tal contexto la obra de Friedman fue clave en el retorno de la teoría neoclásica y en el impulso al neoliberalismo. Su estrategia en defensa de los mercados libres fue brillante y perspicaz. Centró su crítica en afirmaciones clave de Keynes; las dianas de su crítica fueron la *función de consumo* y el concepto de *preferencia por la liquidez*. *Debilitando* estas piezas clave de la argumentación desacreditaba la teoría de la *demanda agregada*; la alternativa era la rehabilitación de la neoclásica *economía de la oferta*. Esta crítica interpretada como definitiva por la entonces nueva elite académica de la elección racional fue la base del retorno de la teoría neoclásica.

La concepción de Keynes sobre el consumidor sugiere que éste responde sólo *parcialmente* a la motivación de la elección y el cálculo racional en el largo plazo ya que presenta una preferencia por la liquidez y por el presente. Por el contrario, Friedman pretende asentar la *demanda del consumidor* en la razón calculista a largo plazo, para lo que el agente típico ha de conocer los períodos por los que pasará su vida en el futuro, qué ingreso tendrá en cada uno de éstos, qué bienes podrá disponer para consumir y cuál será la tasa de interés a la que podrá tomar o prestar dinero. En tales condiciones el agente procede a *maximizar* el consumo a lo largo del tiempo, lo que supone que el consumidor calcula y elige en términos de *renta permanente*. Concibe al consumidor como un *agente racional* que divide sus ingresos en gastos y ahorros con la vista puesta en la *renta futura esperada* y sus *activos actuales*.

Basándose en un documentado estudio de Kuznets de la relación entre el ingreso nacional y el ahorro total de Estados Unidos durante el medio siglo precedente, Friedman destaca que el ahorro mantiene una relación *constante* con respecto al crecimiento de la *renta* nacional, lo que *desmiente* la afirmación de Keynes de que con el enriquecimiento de la sociedad la *proporción* relativa del ingreso nacional ahorrada *tiende* a *aumentar*. Para Friedman la *constancia* de la relación cuestiona la función de consumo keynesiana que relaciona el consumo *únicamente* con la *renta corriente*, y se corresponde con su propia función de consumo que relaciona el consumo con la renta

[7] Friedman, Milton y Rose (1983). *Libertad de elegir*. Orbis. Barcelona. Harvey, D. (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal. Madrid.

permanente, de lo que sigue, en el largo plazo, que el ahorro se invierte; no tiene por qué existir *subconsumo,* desaparece el espectro de la crisis inmanente de circulación.

Por otra parte, critica la idea de Keynes de que los trabajadores negocian sueldos *nominales*, no sueldos *reales*. Para ello argumenta: los trabajadores que venden su fuerza laboral se interesan por lo que pueden *adquirir* con sus sueldos y los empresarios se interesan por el *precio relativo* que pagan por la fuerza laboral, de tal manera que, al aumentar los precios de los bienes de consumo para los trabajadores, éstos incorporan como *vendedores* el aumento, en consecuencia, desaparece la *ilusión monetaria*. En tales condiciones, si el desempleo es bajo, hay demanda de fuerza laboral y estos oferentes suben sus precios, en vista de lo cual los empresarios revisan sus precios como vendedores de mercancías y se *adaptan* al crecimiento de los salarios, es decir, si persiste el desempleo bajo y demanda de fuerza laboral se genera una espiral inflacionista. Por el contrario, con un desempleo alto la demanda de fuerza laboral y productos de consumo es baja, los salarios y precios respectivos suben poco, o no suben; si la situación persiste, se desliza hacia la *deflación* de los precios. Conjugando ambas dinámicas, Friedman afirma que existe un nivel de desempleo de *equilibrio*, ni inflacionario, ni deflacionario, que llama la *tasa natural* de desempleo. En un mercado de trabajo libre, si la autoridad monetaria controla la inflación, el desempleo tiende a su «tasa natural».

En una era «keynesiana» que había garantizado la estabilidad y el pleno empleo, Friedman buscó las debilidades de la función de demanda agregada de Keynes y, al incidir sobre algunas de sus complejidades, las consideró falsaciones decisivas, descartando la flexibilidad de dicha función en el corto plazo. Friedman suturaba la laxitud psicología del consumidor keynesiano, su lugar lo ocupaban consumidores racionales que hacían previsiones en el largo plazo en un marco supuestamente paramétrico, con lo que rehabilitaba la racionalidad calculísitca de la elección de consumo en el largo plazo. Por otra parte, la institucionalización en la *golden age* del pacto social entre el capital y el trabajo y la gestión estatal del bienestar facilitaba que la distancia entre la dinámica de los salarios monetarios y la de los salarios reales se negociase periódicamente; los salarios monetarios reaccionaban en las negociaciones colectivas a los aumentos de los precios de las mercancías que constituían su cesta de consumo, cuando el crecimiento se estancó, la resistencia a la rebaja de los salarios reales alimentó la inflación. Sin que puedan aceptarse las relaciones funcionales establecidas por Friedman como leyes de los mercados que sustituían las «erróneas» relaciones establecidas por Keynes, en el momento que fueron hechas, apuntaban ciertas limitaciones de la interpretación neokeynesiana estándar y proponían enérgicas actuaciones que rompían el círculo vicioso en el que se hallaban atascadas apostando por reforzar el interés y las posición de poder negociador de los empresarios frente a los trabajadores.

Por otra parte, Friedman pretendió haber probado que la retracción monetaria llevada a cabo por la Reserva Federal entre los años 1930 y 1933 es la *causa* de la Gran Depresión en Estados Unidos que, a su vez, provocó la crisis mundial del capitalismo de la década de los treinta. El argumento sostiene que al comienzo de estos años, al caer los salarios y el empleo, la Reserva Federal, responsable de la política monetaria, para evitar el repunte de la inflación, retiró bruscamente moneda de la circulación, lo que, en lugar de estabilizar la economía, precipitó la fuerte contracción, lo que probaría que la autoridad monetaria *erró* y *provocó* la crisis, extendiendo sus ondas por el mundo capitalista.

Un enfoque más amplio y documentado de la historia económica revela que al acabar los «felices veinte», con un fuerte estancamiento de la demanda agregada de bienes de consumo de masas debido a múltiples factores, en un contexto de desregulación financiera, la búsqueda de ganancias de los capitales se canalizó hacia la especulación bursátil y financiera, hasta estallar la burbuja de Wall Street y desencadenar una secuencia de quiebras bancarias, extendiendo la crisis desde la economía financiera a la economía real, que ya presentaba problemas de fondo. La supuesta retracción de la oferta monetaria realizada por la Reserva Federal probablemente contribuyó a agravar la crisis, pero no la provocó y, mucho menos, fue la causa de la crisis mundial, pues en Europa confluían muchos elementos generadores de crisis. Además, si la base monetaria no se reduce al dinero puesto en circulación directamente por la Reserva Federal, sino que se considera también las reservas bancarias, estas se expandieron, por lo que la tesis de la retracción monetaria pierde fuerza argumentativa.

Friedman abusa claramente de la tesis del error de las autoridades monetarias al extraer la consecuencia general que la crisis tiene su origen en los fallos por exceso de intervención, en este caso contractiva, de la autoridad monetaria que, después, extiende a todas las crisis; es un modo de retornar a la hipótesis *ad hoc* de la crisis externa a cargo de su culpable por antonomasia, el Estado. La fórmula general rezaría: si el banco central lleva a cabo una política monetaria activa, la consecuencia en el largo plazo es peor que si se abstiene de hacerlo. El corolario para Friedman es el error de la política monetaria activa, imputable a Keynes. La propuesta, o tratamiento general de los males monetarios, es aumentar levemente, o mantener constante, la oferta monetaria, lo que causará el ajuste «natural». Por otra parte, Friedman deja de lado un argumento de mucho peso en la discusión; tradicionalmente, los presidentes de los bancos centrales y sus consejos directivos están formados por algunos de los más reputados líderes del mundo financiero y lo mismo ocurre con los ministros de economía y sus colaboradores, por lo que el argumento se torna contra su posición, pues cabe aducir que en realidad tan altas instituciones de la administración económica realizan las políticas de los mercados financieros.

Friedman recupera la noción neoclásica del dinero «neutral» como un «velo» que facilita las transacciones *reales*, sobre tal base pretende que si existe estabilidad y control en la oferta de dinero se garantizan las transacciones, de manera que los bancos centrales han de facilitar un flujo monetario *constante* levemente al alza. El exceso de oferta monetaria inducida por la administración provoca problemas graves de inflación; a la inversa, la restricción de la oferta monetaria genera deflación. Lo importante es el *rigor* y la *estabilidad* de la política monetaria de las autoridades en el control de la masa monetaria. Lo sesgado e incorrecto del argumento sugiere que los bancos centrales siempre se equivocan, lo que no es verdad, además, no invalida la necesidad de concebir e implementar la política monetaria activa y bien fundada, como tampoco prueba que una política monetarista evite las crisis, por el contrario puede contribuir a ampliarlas.

El ataque indiscriminado al Estado del bienestar se fundamenta en el supuesto racionalista metafísico de la metáfora reina de «la mano invisible» que se extiende a toda interacción humana de manera que le sirve de plantilla para la concepción de

la interacción y la política sanitaria, educativa, asistencial, cultural, religiosa, etc., en especial, sus ataques se dirigen a la fiscalidad progresiva, considerada un robo desincentivador de la inversión. La «providencia» pergeñada por los mercados libres de Friedman no tiene límites, aunque, en la crudeza de la realidad histórica, las consecuencias perversas las padecen los más desfavorecidos, perdedores en los juegos competitivos individuales. En este contexto de fundamentalismo de mercado, la bestia negra es la administración estatal que crece cual gangrena que mata la libertad individual y succiona fiscalmente la propiedad privada.

En la concepción de Friedman, *lo* económico, trasmutado en *laissez-faire* y auto-representado como neutral, reduce los ámbitos de *lo* social y de *lo* político a su mínima expresión. En consecuencia, *la* política a realizar por las administraciones estatales ha de seguir la pauta marcada por la privacidad económica y por la libre competencia que coloniza casi al completo el espacio político público; el Estado reduce sus funciones a proteger a la nación, la propiedad y la libertad contractual y, subsidiariamente, a la gestión de los escasos bienes colectivos necesarios para la economía y no rentables en los mercados. La libertad es la libertad negativa del propietario.

Acotación 1: la drástica aplicación de las políticas monetaristas en Gran Bretaña y Estados Unidos al comenzar la década de los ochenta provocó un fuerte choque estabilizador que «disciplinó» a los agentes sociales. La peor parte de los costes se cargaron sobre los trabajadores y sus familias y se debilitaron sus posiciones de poder institucional y sus derechos sociales. Sin embargo, sus gobiernos pronto abandonaron la política monetarista dados los problemas de estancamiento y de desempleo que ocasionó. Mientras tanto el monetarismo continuaba siendo una ideología a prueba de fracasos. La aplicación de la estabilización monetarista en Latinoamérica desde la mitad de los setenta y en los ochenta, dependiendo de los países, la sumió en el estancamiento económico y agravó la crisis social y política, otro tanto pasó con virulencia inusitada en las economías en transición resultantes de la implosión de la Unión Soviética.

La regla que se impuso en la realidad histórica fue que el choque monetarista preparaba el terreno económico y político a la expansión de las ideas y políticas neoliberales y a la transformación del capitalismo regulado en el capitalismo global neoliberal y financiarizado. Tres décadas de expansión de este tipo de capitalismo no convirtieron al mundo de los mercados en armónico y al de la política en su discreto acompañante —como reza la doctrina—, al contrario, dicha era ha estado salpicada de múltiples episodios de crisis financieras y conflictos políticos y sociales hasta que el estallido de la burbuja de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos se convirtió en una *crisis financiera global* que transmitió sus efectos a la economía real. Estamos sufriendo otra gran crisis del capitalismo más grave que la acontecida en la década de los setenta, que sirvió de trampolín del monetarismo y del neoliberalismo.

La crisis de Wall Street del septiembre del 2008 abrió la caja de los truenos de una *nueva gran crisis capitalista* en los centros occidentales. Las políticas neoliberales y las instituciones financieras son los desencadenantes de esta nueva gran crisis. Ante la gravedad de los acontecimientos, las fracciones financiero-corporativas del gran capital y sus portavoces políticos y académicos, haciendo caso omiso de sus dogmas neoliberales, con el fin de amortiguar el impacto del estallido, promovieron masivas inyecciones

públicas de liquidez a modo de «estímulos keynesianos». La respuesta unánime de tales sectores, haciendo gala del inmenso poder logrado e ignorando el masivo riesgo moral en el que habían incurrido, fue la de trasladar el enorme problema de la deuda privada a los estados por medio de las inyecciones de dinero público para sanear la deuda bancaria apalancada y dejar que actuasen los estabilizadores automáticos de los estados, de manera que provocaron una *crisis de deuda pública* de los estados. Una vez controlado el primer gran impacto de la crisis financiera en el sistema bancario, convertida en crisis económica, continuar esta vía «keynesiana» comportaba introducir nuevas e importantes regulaciones a los capitales, volver a las políticas fiscales activas, hacer políticas de demanda retornando a las grandes negociaciones salariales, etc., el «fantasma del keynesianismo» recorría el mundo occidental, lo que, desde las posiciones de poder y riqueza logradas por el gran capital financiero, era anatema y estaba lejos de su *voluntad de poder*.

La terapia promovida por las fracciones del gran capital y por sus representantes políticos, mediáticos e intelectuales, ha persistido en «más de lo mismo», un fuerte choque estabilizador monetarista y la profundización de la neoliberalización de la economía, el Estado y la sociedad, en particular, en sus áreas más afectadas, sus centros, los Estados Unidos y la Unión Europea. Desde el gran poder logrado por el bloque de poder en treinta años de globalización neoliberal financiarizada, pretenden gestionar la crisis aumentando sus beneficios y descargando sus malas consecuencias sobre las grandes mayorías ciudadanas, al tiempo que refuerzan sus posiciones de poder ideológico e institucional para subyugar las fuertes resistencias sociales y políticas que pueden encontrar.

Acotación II: a partir de los setenta, en el marco neoclásico se desarrollaron: i) La teoría de las expectativas racionales que parte de los supuestos necesarios; del *homo economicus*, los mercados eficientes autorregulados, la racionalidad de las expectativas de los agentes y la consistencia del procesamiento de información por los agentes; la teoría se aplica a problemas dinámicos de equilibrio para lo cual es fundamental suponer la hipótesis de la flexibilidad de los factores que se ajustan de manera constante a los cambios, así se hacen las estimaciones sobre los precios fluctuantes de los valores futuros sobre equilibrios en el largo plazo: ii) La teoría de la eficiencia de los mercados de valores, supone que la información disponible es eficiente, así, los títulos negociados por los agentes en los mercados en equilibrio reflejan la información sobre el valor de los mismos y se ajustan de inmediato a los nuevos datos. La hipótesis no exige el absoluto comportamiento racional de los agentes, pero sí la incorporación inmediata de los datos por los millones de agentes que participan en dichos mercados, con lo que se generan trayectorias conocidas de los valores en los mercados y como todos tienen esta información nadie en particular puede superar la eficiencia global de los mercados considerados como un todo[8].

[8] De la Dehesa, G. (2009). *La primera gran crisis financiera del siglo XXI. Orígenes, detonantes, efectos, respuestas y remedios*. Alianza Editorial. Madrid. Phelps, E.S. (1986). *Economía política. Un texto introductorio*. Bosch. Barcelona.

Ambas teorías de impronta neoclásica han sido la matriz conceptual de múltiples desarrollos matemáticos estadístico-probabilísticas que modelizan los mercados financieros para prever sus movimientos futuros, modelos con los que trabajan las organizaciones económicas internacionales, los bancos centrales y los inversores institucionales. No obstante, sus supuestos y previsiones han sido objeto de gran cantidad de críticas bien fundadas, tanto de cariz teórico, como de cariz empírico. Además, con todo su gran aparato matemático dichas teorías no pudieron prever, ni pueden explicar la crisis financiera desencadenada por las hipotecas *subprime*, su extensión a la economía real y la grave crisis de la zona euro.

Lo errado de los supuestos y de las previsiones basadas en tales modelos es patente para el observador que repara en que las hipotecas *subprime* se basaban en una desmedida falta de información, de hecho, el diseño tenía por objetivo su ocultación; quienes compraban los inmuebles no conocía de qué tipo de producto se trataba, eran persuadidos de que apenas representaban riesgo, no se les prevenía de los avatares de las subidas de los tipos de interés y la caída del valor de dichos activos; realizada la transacción, las hipotecas eran vendidas a bancos de inversión que las troceaban y las mezclaban con otros productos financieros que empaquetaban en títulos de alto riesgo, cuya garantía era señalizada por seguros de impago y calificaciones de excelencia de las grandes agencias de *rating,* así manipuladas, se vendían de nuevo y se dispersaban a los fondos y bancos ávidos de beneficios que ofrecían a sus clientes con el ansia de obtener altos dividendos. Las agencias que operaban estos productos hacían uso de doble contabilidad, incurriendo en fuerte apalancamiento que ocultaban y quienes las compraban se deshacían de las mismas con altos beneficios. La dinámica especulativa ascendía hacia la formación de una burbuja. La puja no frenaba pues todos apostaban a no ser los últimos en ganar. Mientras tanto, el gran gurú de la Reserva Federal, Alan Greenspan, y su sucesor estimulaban dicha puja con tipos de interés bajos, en estos círculos existía la creencia de que los mercados financieros globales tan inmensos se autorregulaban y se ajustaban sin desencadenar una gran crisis. Paradójicamente, los defensores de la teoría de las expectativas racionales y de la eficiencia de los mercados de valores se fundaban en unos comportamientos movidos por informaciones distorsionadas e incompletas y por previsiones cuyo riesgo desbordaba los modelos. No obstante, el abrumador desmentido de ambas teorías siempre se puede desviar con el socorrido recurso neoclásico de atribuir a causas externas la generación y desarrollo de las crisis, sin embargo, con ello no se solventan los problemas planteados.

Acotación III: ante las lagunas en la explicación de la realidad del capitalismo global financiarizado del monetarismo y de la nueva economía clásica, en las dos décadas pasadas, la minoría de economistas de la academia que se negaban a pasarlas por encima como anomalías sin la menor relevancia, desarrollaron un conjunto de investigaciones que sintonizaban con el Keynes de los *animal spirits*; la incertidumbre sobre las expectativas futuras, la preferencia por la liquidez, la formación de la demanda efectiva, el comportamiento de rebaño, etc., eran investigaciones precisas sobre fallos de los micro-fundamentos neoclásicos, es decir, de las transacciones mercantiles en las que el precio único de equilibrio

no es eficiente y no vacía los mercados [9]. Se constataba que los compradores no conocen de manera exhaustiva el conjunto de los productos a su disposición, los consumidores no organizan consistentemente el conjunto de sus preferencias, no conocen toda la información relevante sobre los precios, los agentes que participan en los mercados no conocen de manera suficiente las características de los bienes y los servicios, la información de las partes es sistemáticamente desigual, la posición institucional negociadora de las partes es asimétrica, etc. Si advertimos que en la mayor parte de los casos los mercados reales presentan simultáneamente varios de estos fenómenos y que no se pueden eliminar, hemos de aceptar que la competencia es imperfecta y asimétrica en los ámbitos micro y macro y que los agentes racionales y sus expectativas a largo plazo no prefijan y saturan los motivos del comportamiento de los agentes.

Los economistas que han investigado en esta dirección son conocidos como los «nuevos keynesianos». Sus trabajos sobre estos fenómenos se han conceptualizado y analizado con rigor lógico y contrastado empíricamente con cuidado, el resultado es un conjunto de campos abiertos de investigación que no tiene vuelta atrás, es decir, no puede hacerse «como si» no fueran relevantes para el cuerpo neoclásico. En el mejor de los casos, sitúa el lugar de las teorías neoclásicas en el terreno de los modelos de referencia para determinados análisis simples, pero por completo insuficientes para explicar las economías capitalistas. Los temas incorporados al estudio de los microfundamentos, entre otros, son: información asimétrica, costes de la información, selección adversa, señalización de mercancías, riesgo moral, contratos incompletos, incentivos perversos, confianza y multiplicadores, ilusión monetaria, garantías colaterales, diferenciación de productos, publicidad y persuasión, incentivos perversos, pánicos bancarios, reputación e incentivo, mercados oligopólicos, diseño institucional, fallos de coordinación, propiedad intelectual, normas reguladoras y poder, cooperación, negociación y conflicto, etc.

En particular, es preciso mencionar la investigación precursora de Minsky sobre los mercados financieros en las economías capitalistas. Para este autor, el *crédito* genera una *deuda* y permite al empresario *gastar sin vender*. En la búsqueda de mayores beneficios, los bancos utilizan las imposiciones para *multiplicar* el poder de *expansión* del crédito. En la economía el *dinero bancario* se suma al dinero circulante. La economía financiera interactúa con la real. El crédito privado genera de manera *endógena* nueva capacidad de compra más allá de la venta previa, por lo que la demanda agregada es *mayor* que la oferta agregada. Por este medio el crecimiento del crédito privado, o sea, de la deuda privada, estimula el crecimiento económico de manera que el gasto corriente es *mayor* que el ingreso corriente. Cada vez más las inversiones se respaldan en la deuda y no en los beneficios o los salarios de la economía real; si no se pone límites a través de la regulación estatal a la expansión del crédito y la deuda se acaba

[9] Akerlof, G.A. y Shiller, R.J. (2009). *Animal Spirits. Cómo influye la psicología humana en la economía*. Gestión 2000. Barcelona. Shiller, R.J. (2004). *El nuevo orden financiero. El riesgo en el siglo xxi*. Turner. Madrid. Stiglitz, J.S. (2003). *Microeconomía*. Ariel. Barcelona.

por entrar en una *pirámide especulativa*. Al contrario que en el supuesto neoclásico, los mercados financieros desregulados de las economías capitalistas avanzadas, en lugar de generar equilibrio, de manera endógena tienden a provocar desequilibrios que escalan hasta convertirse en una burbuja especulativa que estalla.

Cuando se da la circunstancia de que el tipo de interés es menor que la tasa de beneficio, la competencia entre las empresas estimula el endeudamiento de las mismas con el fin de aumentar su inversión, crecer en dimensión y beneficios, de manera que sus activos se revalorizan. La tendencia a apalancar la deuda crece entre las empresas para ganar terreno en la competencia con otras. No obstante, dicha presión sobre el crédito y la demanda acaba por provocar un aumento del tipo de interés por encima de la tasa de beneficio, entonces se ha entrado en la zona en la que la especulación sobrepasa la capacidad de asimilación del sistema financiero, ante el peligro de impagos masivos, los bancos reducen los créditos y muchas empresas se encuentran en situación de insolvencia. La secuencia del proceso de la especulación pasa por tres fases: en la primera fase, la mayoría de las empresas *endeudadas* pueden pagar las deudas contraídas sobre la base del propio flujo de caja y obtener beneficios, en este estadio la interacción entre la economía real y el sistema financiero es sólida; en la segunda fase, impulsadas por el estímulo a endeudarse para crecer más, crece el número de las empresas que entran en la dinámica de la especulación, pueden pagar los intereses de la deuda con el flujo de caja, pero con los beneficios no pueden reducir el principal y la economía en su conjunto torna más frágil; en la tercera fase, dado el nivel de endeudamiento alcanzado por muchas empresas, el flujo de caja que obtienen no les permite pagar los intereses de la deuda, con lo que han de refinanciar la deuda y vender activos antes de entrar en quiebra. El conjunto del sistema económico se halla al borde del colapso, cuando llega el momento de ventas masivas de activos, se precipita la caída de precios y la reducción de beneficios y el endeudamiento no puede refinanciarse, estalla la burbuja. Para Minsky es perentoria la necesidad de regular los mercados financieros para evitar la especulación.

V

Una teoría de las crisis inmanentes en el proceso de producción

Marx[10] estiliza lo que llama *economía mercantil simple*; en ella cada productor tiene sus propios medios de producción y produce determinados productos útiles que intercambia con *otros diferentes* producidos por otros productores, resultando de

[10] Marx, K. (1983). *El capital.* Libros 1º, 2º ,3º, Siglo xxi. Madrid. Marx, K. (1978). *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política.(Grundrisse) Segunda mitad.* Crítica. Sweezy, P.M. (1972). *Teoría del desarrollo del capitalismo*. FCE. México. Pesenti, A. (1979). *Manual de economía política i y ii* Akal. Madrid. Gill, L. (2002). *Fundamentos y límites del capitalismo*. Trotta. Madrid.

este intercambio la *división social del trabajo*. Los productos intercambiados son a la vez útiles, tienen un *valor de uso*, y son intercambiables, tienen un *valor de cambio*. El valor de uso es *heterogéneo*; cada tipo de producto tiene una utilidad particular. El valor de cambio es *homogéneo*; al intercambiarse estos productos establecen *relaciones de equivalencia*, su *valor*; la *cantidad de trabajo humano socialmente necesaria insumida al producirlos*. Para facilitar los intercambios, una mercancía particular ejerce el papel de numerario, el *dinero*, con el que las otras al intercambiarse establecen relaciones plasmadas cuantitativamente en cantidades, su *precio*. Marx mostró que en una economía mercantil simple la Ley de Say, que para los clásicos supuestamente garantiza la circulación al establecer que la oferta crea su propia demanda, presenta un grave problema: la moneda ejerce la función de *medio de circulación* al vender una mercancía por dinero M-D y al comprar con dinero otra mercancía distinta D-M. Ambas transacciones acontecen en momentos diferentes, al conjugar los dos momentos en un solo circuito tenemos M-D-M. No obstante, *no* existe *necesidad real* de realizar tal conjunción, el dinero puede atesorarse o, por otras circunstancias, de la producción o la demanda, interrumpir la circulación, de tal manera que no se puede *realizar* el valor producido. Si el atesoramiento alcanza un gran volumen y la interrupción de la circulación alcanza a muchas mercancías y se transmite hacia otros sectores, lo que *a priori* no puede descartarse, se desencadena una *crisis de realización* del valor producido. Por lo que existe la posibilidad de *crisis de realización*.

La economía capitalista es una economía de mercado, no obstante, el *proceso de producción capitalista* tiene otra dinámica que la de la producción mercantil simple. Marx estiliza dicho proceso: los *poseedores* de dinero D, o capitalistas, ponen en marcha el proceso de producción comprando medios de producción (mp), que llama capital constante (c), y fuerza de trabajo (ft) a los trabajadores, que llama capital variable (v), los asocian en un *proceso de trabajo* y obtienen bienes o servicios que pasan a ser de *su* propiedad. El objetivo de los capitalistas al poner en marcha el proceso es la venta de lo producido, las mercancías M, para obtener *más* dinero D' que el que tenían al comenzar el proceso, o *beneficio* (b), *realizando* el *valor* producido en el proceso de trabajo, de manera que si D'>D, la diferencia es el beneficio (b), D'-D=b. Al asociar los distintos momentos del proceso de producción capitalista tenemos el ciclo completo D-M-D'. En ciclos posteriores, por el efecto de la presión competitiva de otros capitalistas, como dispone de más dinero, invierte más cantidad del mismo D", de manera que D">D'>D, obteniendo un mayor beneficio, D"-D'= b'. En el curso de los sucesivos ciclos de la producción *el capital se amplia*, D-M-D'-M-D"-M-D'"..., se reproduce de manera ampliada.

Por otra parte, el objetivo de los trabajadores al vender su fuerza de trabajo en cada ciclo es obtener un salario con el que adquirir su «cesta de reproducción», un circuito M-D-M, que Marx considera determinado por las condiciones técnicas y sociales, por eso el valor de la cesta de reproducción es el *valor histórico-moral* de la fuerza de trabajo; Marx rechaza la «ley de hierro» del salario de subsistencia de los clásicos que él mismo mantuvo en su juventud bajo la influencia de estos.

En el *conjunto* del proceso de producción, analíticamente, distingue *tres circuitos*. i) El *financiero*, el capitalista que reúne el dinero suficiente en sus manos para poner en marcha el proceso y lo invierte, si no dispone de la cantidad precisa para

ello; o bien la pide prestada al prestamista en determinadas condiciones a un interés sobre el capital prestado, así, los prestamistas obtienen su *interés* de los prestatarios; o bien emite acciones o bonos para reunir capital para invertir en el proceso productivo a cambio de títulos de participación en la propiedad y derechos de *remuneración* a sus tenedores sobre los beneficios. ii) El *productivo* se inicia una vez comprados por el capitalista los mp y la ft por lo que valen, lo que cuesta producirlos en horas de trabajo insumidas, es el *capital productivo*, ambas partes se asocian en el proceso de trabajo y producen bienes y servicios, el *valor* de los cuales es *mayor* que el inicial, dado que el trabajador *trabaja más horas* durante el proceso que las que le ha pagado por su fuerza de trabajo en el mercado, horas que han *insumido* el conjunto de los productos; se ha producido *más valor* en el proceso que el que existía al comienzo, un *plusvalor* (p). iii) El *mercantil*, el de la *circulación* de las mercancías, el de la compra y la venta en el que se *realiza* el valor las mercancías producidas en el proceso de trabajo que, al *incorporar al final* del proceso *más valor que al inicio* del proceso, como todas las mercancías se venden a su valor, se ha generado un plusvalor que al pagar su precio en *dinero* es el *beneficio* del capitalista[11].

i) Para el capitalismo ha sido clave el desarrollo del crédito, de los mercados de acciones y de bonos. El desarrollo de tales instrumentos ha permitido impulsar el *circuito financiero* del capital para llevar a cabo la gran *concentración* de medios de producción y de fuerza de trabajo del capitalismo y la *centralización* en manos de sus poseedores, a la vez que facilitaba la movilidad y la flexibilidad espacial y temporal de grandes volúmenes de capitales. Por otra parte, confería a la propiedad privada nuevas posibilidades; desarrollaba la forma social de anticipar temporalmente la propiedad a través de compromisos de pagos y de asociar grandes masas de capitales privados en empresas privadas. Así, el desarrollo del crédito y su interés, de las acciones, bonos y sus remuneraciones, confiere a prestamistas y propietarios de títulos una autonomía relativa respecto del capital industrial y comercial, diferenciando entre *capital dinerario* y *capital real*; el primero rige su acción por el tipo de interés y las remuneraciones de sus títulos y el valor de sus activos, y el segundo, por la tasa de ganancia. El primero depende de los movimiento de la oferta y la demanda de dinero, y el segundo del plusvalor y de la tasa de beneficio, es capital real. La proliferación especulativa de

[11] La teoría crítica de Marx, tal cual la dejó formulada, presenta un problema de consistencia básico que se conoce como problema de la transformación de los valores en precios, el origen del mismo reside en que la información de los agentes para tomar decisiones reales en los mercados la obtienen de los *precios*, no de los *valores*, ya que el trabajo insumido en las mercancías, es decir, el valor, no se contabiliza directamente y que la diferente composición orgánica del capital de sectores e industrias hace que los precios se desvíen de los valores. Dada la complejidad del tema, no puede abordarse en este escrito; no obstante, corregido algún error conceptual en la forma de resolver el problema de Marx y convenientemente formulado en el terreno matemático, como hicieron Morishima, Catephores y Seton. En Morishima y Catherops se demuestra, si se excluyen los sectores no básicos, que en las ecuaciones que relacionan precios y valores, el valor total es igual al precio total y la plusvalía total es igual al beneficio total. Véase, para una exposición sumaria, Caballero Álvarez, A. (1982). *La crisis de la economía marxista*. Pirámide. Madrid. Morishima, M. y Catephores, G. (1990). *Valor, explotación y crecimiento*. Oikos. Barcelona.

capital financiero por encima del ritmo de producción de valor acaba por reducir la tasa de beneficio de la economía real, las *rentas* que extrae de ésta se reducen y se precipita la caída *del crédito, las remuneraciones y de los activos,* devienen capital *ficticio*, una *crisis financiera*, bloqueando la economía real.

ii) El capitalista se interesa de manera especial por la relación que se establece entre la plusvalía obtenida en el proceso de trabajo y el coste de la fuerza de trabajo pagada en el mercado de trabajo. Marx la llama tasa de plusvalía (*p*); *p*= p/v. Esta relación puede adoptar dos modalidades: i) el capital obtiene una tasa de plusvalía mayor de su fuerza de trabajo a costa de hacer trabajar más horas al trabajador, o de reducir su salario real, es la *plusvalía absoluta*; ii) el capital logra una tasa de plusvalía mayor al comprimir más trabajo en el mismo tiempo de trabajo, o abaratar los costes de la cesta de reproducción, es la *plusvalía relativa*.

Los intereses inmediatos del capitalista y del trabajador en relación a la tasa de plusvalía se contraponen. Existe una *disputa* implícita o explícita entre el capital y el trabajo en torno a las variables de la relación. El capital intenta aumentar la cantidad de plusvalor, absoluto y/o relativo, al afirmar su derecho como comprador y el trabajo intenta reducirlo al afirmar su derecho como vendedor. La disputa se desarrolla en torno a las respectivas *posiciones de poder* con el fin de decantar cada una en su favor los derechos y las regulaciones de los salarios, condiciones de trabajo, intensidad del trabajo y organización del trabajo. Esta disputa acontece en la relación directa entre el capital y el trabajo en la empresa, la industria, la localidad, o el país, o sea, es una disputa entre las clases capitalista y trabajadora que tiene lugar a diversas escalas. A menudo, para abaratar el coste de la fuerza de trabajo y para neutralizar la presión del trabajo organizado, la estrategia del capital es introducir modificaciones en la organización y en la tecnología del mismo para optimizar sus recursos al tiempo que sustituye fuerza de trabajo en el proceso de trabajo, con lo que adquiere una mayor capacidad negociadora frente a los trabajadores, pues puede prescindir de parte de ellos, y si esta acción la siguen otros capitalistas, se genera una *reserva* de fuerza de trabajo desempleada que debilita de manera estructural la capacidad negociadora de los trabajadores.

En la historia del capitalismo la lucha de clases ha pasado por diversos avatares y en ciertas *configuraciones* de la relación de fuerzas entre las partes ha reducido la tasa de plusvalía, frenando la acumulación de capital y precipitando *la crisis*. No obstante, Marx tiende a pensar que el capital dispone de poderosos recursos para *contrarrestar* las tendencias reales a este tipo de crisis, entre los cuales están: i) el cambio técnico, pues sirve a la formación del ejército industrial de reserva y a la *apropiación* del conocimiento del proceso de trabajo por el capital, mientras *desposee* a los trabajadores de los conocimientos sobre el mismo, la función de la técnica *no* es neutral; la legislación y la administración del Estado que, en general, dirigen los representantes del capital con el mandato, explícito o implícito, de mantener las condiciones precisas para la acumulación.

La *información clave* que induce a cada capitalista individual a invertir para poner en marcha el proceso de producción, o dejar de invertir, asignando este dinero a otros menesteres alternativos, es la relación entre el beneficio obtenido al final de cada proceso y el capital total que invierte en el mismo en medios de producción

y fuerza de trabajo, que Marx llama *tasa de ganancia* (*g*) en términos de valor, *g*=p/c+v; y, nosotros aquí, *tasa de beneficio (b)*, *b*=b/c+v, en términos monetarios. Si el capitalista individual desea continuar desempeñando en el largo plazo dicho papel, dada la competencia inter-capitalista, es emplazado a seguir el ritmo de la *valorización* de su capital en las *condiciones sociales medias* de la producción, dado por la *tasa media de beneficio* del conjunto de la economía —dicha relación resulta de agregar las cantidades de cada una de las variables de un mismo tipo en la fórmula para el conjunto de la economía—. Así, el capitalista ha de invertir más dinero en el proceso de trabajo y modificar sus condiciones técnicas y organizativas con el fin de aumentar la productividad en la producción de bienes o servicios en condiciones sociales medias y mantener o aumentar la tasa de beneficio, con lo cual, supuesto que *no* existan otras interferencias, mantendrá o aumentará su cuota de mercado a costa de otros.

La dinámica del conflicto de clases y la competencia intercapitalista llevan a cada capitalista a invertir de cada vez más en tecnología y medios de producción, lo que significa que en el largo plazo la relación entre la cantidad de valor en tecnología y medios de producción con respecto a la cantidad de fuerza de trabajo empleada tiende a aumentar. Marx lo llama *composición orgánica del capital* (*o*), tal que *o*= c/v+p, que puede extender al conjunto de la economía al agregar los respectivos componentes de las variables de cada tipo en la relación. Puede demostrarse que existe una relación matemática entre la tasa de ganancia y la composición orgánica del capital tal que *g*=p/c+v =*p* (1-*o*). Esta relación muestra que, en el largo plazo, si se mantiene la tasa de plusvalía constante, al aumentar la composición orgánica del capital, la tasa de ganancia tiende a disminuir, lo que desincentiva la inversión y, por tanto, al retraerse la inversión desencadena una *crisis* que no se resuelve hasta que han cambiado las condiciones que provocan su caída, es decir, hasta que el capital constante se haya *devaluado* lo suficiente. Marx enmarca esta relación en el punto de confluencia de todas las fuerzas que inciden en la formación de la tasa de ganancia, por lo que existen tendencias que contrarrestan esta caída; sin embargo, en el largo plazo, piensa que la tendencia acaba por emerger ya que las fuerzas que inducen a introducir más tecnología y más medios de producción en relación a la fuerza de trabajo son mayores.

iii) El proceso de producción D-M-D' se compone de dos momentos diferentes, el D-M y el M-D', es así que el segundo *no* comporta una garantía de existencia de *demanda efectiva* para las mercancías producidas, con lo que no existe *necesidad real* de que se realice el valor de las mercancías producidas, *no* se *realiza* M-D'. Si las mercancías no se venden, se plantean *problemas* a la *realización* del valor producido, entonces, el beneficio cae y cae la tasa de beneficio. En consecuencia, se *retrae* la inversión; cuando este fenómeno se extiende a distintas industrias y sectores, se desencadena una *crisis*. El desfase entre las mercancías producidas y la demanda de las mismas en los mercados puede adquirir dos formas: 1) los procesos capitalistas de producción tienden a generar un *exceso* de *capacidad productiva* en el sector productor de bienes de producción respecto al sector de los bienes de consumo que los ha de absorber; el exceso de inversión productiva en el primer sector, más intensivo en bienes de producción y en tecnología y, por tanto, más productivo, desborda la capacidad de compra de sus productos del segundo sector productor de

bienes de consumo, es decir, existe una *tendencia* a la falta de *proporción* entre ambos sectores que acaba produciendo problemas de realización del valor producido y, por tanto, de beneficio y de tasa de beneficio, que retraen la inversión y generan *crisis*; 2) Por otra parte, el sector productor de bienes de consumo vende sus productos a los trabajadores y, por circunstancias diversas, puede darse el caso, y de hecho se da, de que los salarios agregados de los trabajadores no son suficientes para adquirir los bienes de consumo producidos, no se realiza el valor producido en este sector, en consecuencia, se reduce el beneficio y la tasa de beneficio, con lo que se retrae la inversión y se desencadena la *crisis*.

Para Marx, un ciclo completo de proceso de producción consta de la *unidad* de los tres circuitos *conectados* entre sí: i) el financiero, ii) el productivo y iii) el mercantil, cada uno de ellos requiere que su *articulación* con los otros sea congruente. La acumulación ampliada del capital que se reproduce ciclo tras ciclo requiere que la congruencia de los circuitos a través de sus articulaciones se mantenga a lo largo del proceso. Pero, además de las enormes fuerzas que inducen la unificación del proceso de acumulación ampliada del capital, en su interior, a lo largo del tiempo, se forman dinámicas que lo distorsionan. Cada circuito tiene autonomía relativa y sus problemas internos tienden a agravarse, estos, a través de sus articulaciones, se transmiten a los otros, provocando y potenciando sus propios problemas; el conjunto de problemas crece e incide a la baja sobre la tasa media de beneficio, hasta que acaba por desestimular la inversión y generar crisis. No obstante, en la base de esta doble dinámica contradictoria de la acumulación ampliada del capital subyace la contradicción determinante generada en la producción de valor.

Por el contrario, la única perspectiva contemplada por la economía neoclásica es la autorregulación en terreno de la circulación para lo que: sella la articulación del circuito financiero con los otros dos al suponer que el dinero es neutral, un «velo» para facilitar las transacciones; sella el problema del proceso de trabajo como una cuestión técnica, neutral respecto a sus agentes, al dinero y al mercado; y sella el problema de la circulación mediante la garantía ofrecida por la Ley de Say.

Acotación I: A medida que se organizaban las series de datos macroeconómicos sobre el acontecer temporal del capitalismo, se identificaron ciclos de expansión, seguidos de crisis, de características diversas. Kondratiev, al comenzar la década de los veinte, detectó la formación de secuencias de ondas largas de expansión-crisis desde que se inició la depresión de la última década del siglo dieciocho, la duración de los cuales oscilaba en torno a medio siglo. Al objeto de este escrito interesa destacar que desde 1940-45 se inicia un ciclo ascendente, cuya inflexión acontece en torno a 1968-1974, que llamamos capitalismo regulado; desde estas fechas este capitalismo entra en crisis, iniciando un ciclo descendente hasta 1989-93; en el curso de la crisis se forma otro tipo de capitalismo, que llamamos capitalismo global neoliberal financiarizado, en torno a tales fechas la tendencia se invierte hacia otra fase ascendente que acaba en 2007-2008, iniciándose otra crisis de onda larga que padecemos en la actualidad.

Más allá de la datación de las fases se requiere una explicación de las mismas. La perspectiva keynesiana, perspicaz para captar elementos claves en la formación de la crisis del capitalismo oligopolista, conocida como la Gran Depresión, y para proponer políticas económicas de salida de la misma, tuvo verdaderas dificultades

para explicar la crisis del capitalismo regulado que había contribuido a desarrollar, sin embargo, los nuevos keynesianos, con conceptos renovados, tornan a ser incisivos en la caracterización de ciertos fenómenos de la presente crisis del capitalismo global financiarizado y se muestran muy activos en la elaboración de propuestas alternativas a la misma. Los neoliberales que señalaron límites clave de la síntesis neokeynesiana e implementaron terapias de choque para revertir la situación de estancamiento del capitalismo regulado y para transformarlo en el capitalismo global financiarizado, se muestran totalmente incapaces de explicar la presente crisis y se atrincheran en sus fuertes posiciones de poder intelectual e institucional, reafirmando e imponiendo sus fracasadas recetas. Los posmarxistas, en los márgenes más exteriores de la academia y excluidos por completo de las instituciones económicas y políticas, incluidos de los partidos y de los sindicatos de la izquierda institucional y sus políticas, han desarrollando análisis sobre el desarrollo y las crisis del capitalismo regulado y sobre el desarrollo y la crisis del capitalismo global neoliberal financiarizado con la perspectiva explicativa más amplia entre los paradigmas en competencia y que resiste mejor la contrastación con la realidad[12]. Sin embargo, éste es un tema para otro escrito.

Recibido: noviembre 2011
Aceptado: febrero 2012

[12] Es de justicia citar a los Mandel, O'Connor, Sweezy, Magdoff, Amín, Bowles, Edwards, Weisskopf, Gordon, Aglietta, Offe, entre otros, cuyos análisis del capitalismo regulado y su crisis tienen mayor fuerza explicativa. Mientras, es de justicia citar a los Glyn, Amín, Coriat, Lipietz, Duménil, Levy, Gowan, Brenner, Harvey, Arrighi, Aglietta, Altvater, Husson, entre otros, cuyos análisis del capitalismo global neoliberal fiananciarizado y su crisis tienen mayor fuerza explicativa.